Territorio vikingo

Manuel Velasco

nowtilus

Colección: Viajero intrépido
www.viajerointrepido.com
www.nowtilus.com

Título: Territorio vikingo
Autor: © Manuel Velasco
Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

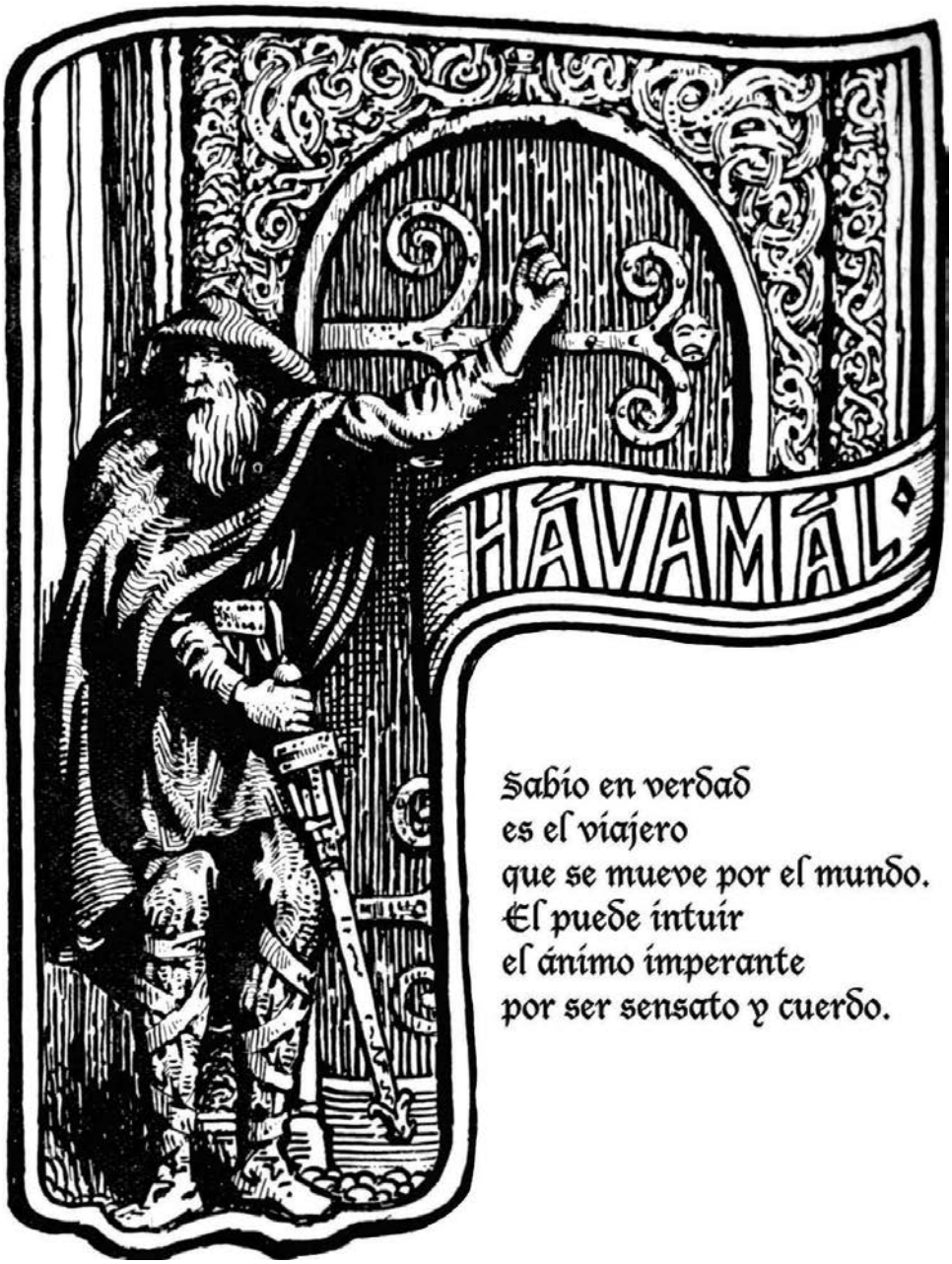
Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-361-5
Fecha de edición: junio 2012

Impreso en Eslovenia
Depósito legal: M-16.658-2012

Este libro está dedicado especialmente
a quienes facilitaron los medios para hacer posibles los viajes,
a las revistas que publicaron mis primeros reportajes
y a todos aquellos lectores que me han seguido
a través de los años.



El forastero en la puerta (1908) de W. G. Collingwood, con uno de los versos del *Hávamál* sobre los viajeros.

Índice

Introducción 11

I. Escandinavia 19

Suecia 21
Gotland, la isla de los godos 22
Estocolmo 29
Birka, el primer gran centro comercial 53
Uppsala 58
Sigtuna, la ciudad más antigua de Suecia 72
La Piedra de Sigurd 77
Foteviken, un poblado para neovikingos 80
Öland 81

Dinamarca 85
Lindholm Høje, el cementerio de los mil años 86
Fyrkat 89
Arhus y Moesgård 93
Jelling, el nacimiento de una nación 102
Legoland 105

Ribe, la ciudad más antigua de Dinamarca 107
Copenhague 116
Bornholm 135

Noruega 141
Oslo y los museos de barcos 142
Hurtigruten, el expreso de la costa 172
Bergen 192

Islandia 211
En torno a la Bahía Humeante 212
Entre el fuego y el hielo 228
Tierra de sagas 244
Hafnarfjordur, la ciudad de los elfos 268
Húlmavik, la ciudad de los brujos 281
Snaefellness, la montaña mágica 295

II. Las islas británicas 301

Dublín 303
York, la capital del Danelag 311
Tres momentos importantes del Danelag 317

Edimburgo 331
El ajedrez de Lewis 331
Un paseo por la Royal Mile 334
Los vikingos cambiaron la historia escocesa 335

III. Normandía 343

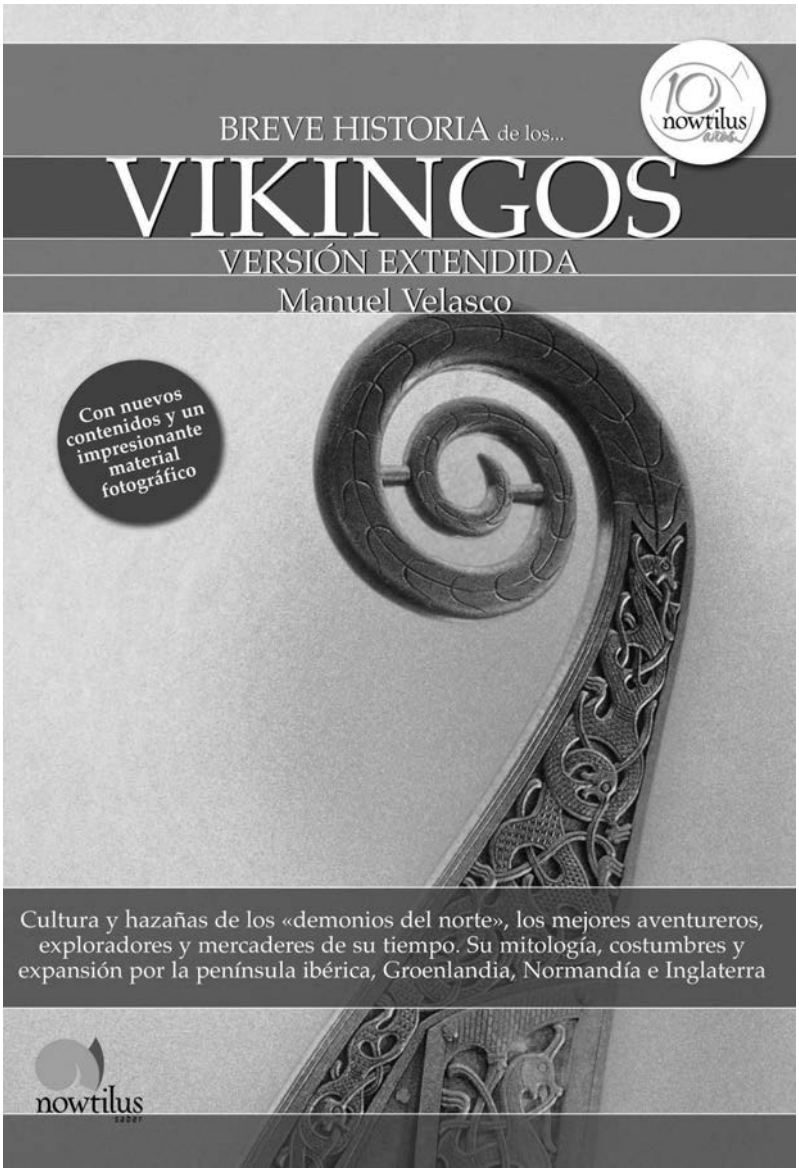
Otros libros del autor 361

Introducción

Este libro es un recorrido por los más importantes lugares donde estuvieron los vikingos y en los que aún queda su huella en forma de festivales, museos o restos arqueológicos. Si bien, el *leitmotiv* del viaje son los vikingos, el autor también se acercará a los lugares qen los que haya algo interesante que ver del pasado o del presente.

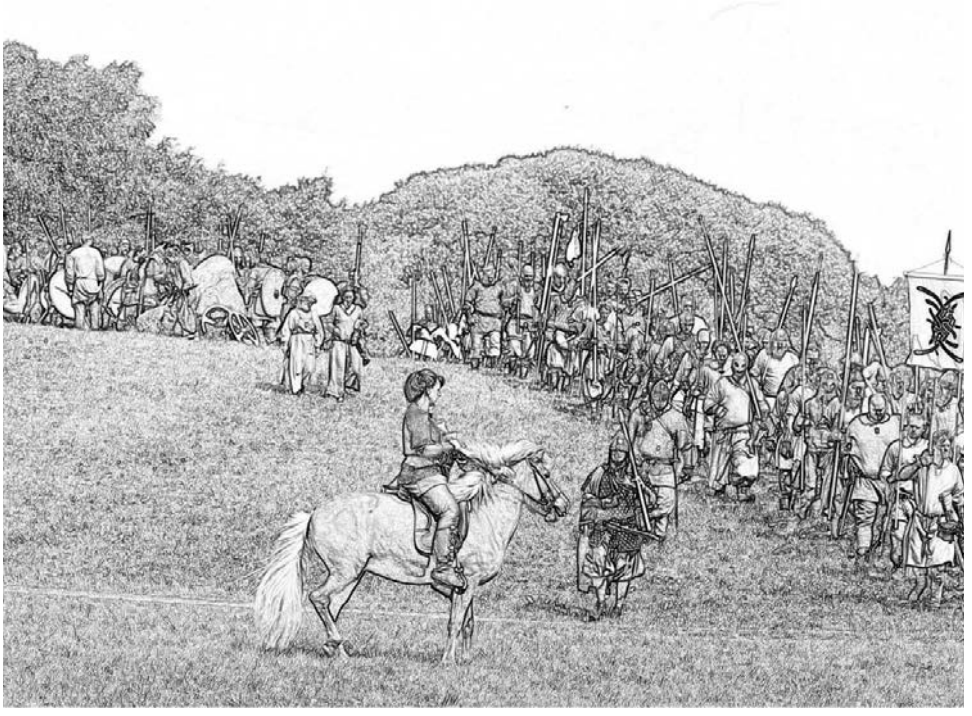
Aunque por cuestiones de estilo parezca un viaje lineal, en realidad se agrupa aquí el resultado de una docena de viajes, con algunos textos ya publicados en revistas de historia, en la antigua web *El Drakkar* o en los actuales *blogs Territorio vikingo* y *El camino del norte*, (algunos de ellos pirateados sin compasión y normalmente sin citar la fuente). Ahora, ese material ha encontrado lugar en este libro para completarse o actualizarse y tomar una nueva vida junto a otros textos inéditos, fruto de viajes más recientes.

Pero antes de emprender el viaje por el mundo de los vikingos, hagamos una introducción para situar el marco histórico y su forma de vida a través de las preguntas que el autor ha tenido que responder más a menudo (para profundizar más sobre la historia de este pueblo, podéis consultar *Breve historia de los vikingos,* que publiqué con esta misma editorial hace unos años y del que recientemente se ha hecho una edición especial con muchos más contenidos.



¿Llevaban los vikingos cuernos en los cascos?
Rotundamente, no. Este es uno de los mayores malentendidos acerca de los vikingos. Los hallazgos arqueológicos han demostrado que la típica imagen del vikingo tocado con un casco cornudo es absolutamente falsa (tanto como la creencia de que todos eran altos, rubios y con ojos azules, o que bebían en cráneos humanos o que todos los nórdicos eran vikingos).

¿De dónde procedían?
Básicamente de las regiones costeras de lo que actualmente llamamos Escandinavia, siendo una mezcla de proto-escandinavos originarios, presentes desde la Edad del Bronce, más los resultados de algunas migraciones mezcladas a su vez con ramas célticas y sobre todo germánicas, desarrollando una cultura diferenciada a lo largo de siglos. Más tarde colonizarían o se asentarían en otros territorios, como las islas del Atlántico Norte (Feroe, Shetlands, Orcadas, Hébridas, Islandia y Groenlandia), o en una parte considerable del Reino Unido e Irlanda. O el territorio francés, al que dieron el nombre de Normandía. O la actual Rusia, que empezó con el Kievan Rus vikingo.



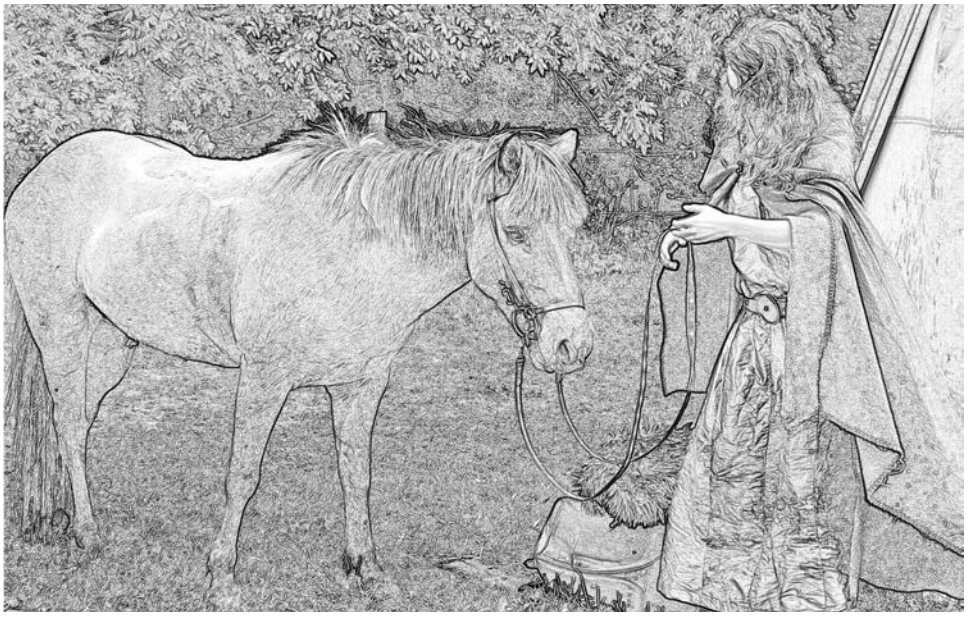
¿Por qué se les llama vikingos?
Este es un nombre genérico bastante incorrecto, ya que el término *viking* era usado para denominar a una expedición de saqueo («ir de viking» o «ir a un viking»). Sería más adecuado llamarles simplemente nórdicos, pero vikingos es el término que se ha usado tradicionalmente y es el más conocido por la gente.

¿En qué época vivieron?
La llamada era vikinga comienza históricamente el día 8 de junio del 793, con el asalto al monasterio inglés de Lindisfarne. Eso no quiere decir que antes no hubiese vikingos e incluso otros asaltos; de hecho, unos años antes ya, ocurrió un incidente cuando llegó un barco de noruegos, seguramente a comerciar, y mataron a un recaudador que pretendió cobrarles impuestos. Pero lo de Lindisfarne fue escrito por los monjes, difundiéndose rápidamente por toda la cristiandad, donde se repitió una y otra vez aquello de «a furare normannorum libera nos, Domine» ('de la furia de los hombres del norte, líbranos, Señor'). El fin de aquella era vikinga es más impreciso, aunque suele fecharse alrededor del año 1066, en la batalla de Stamford Bridge, también en territorio inglés y no demasiado lejos de Lindisfarne.

¿A qué se dedicaban cuando no ejercían de vikingos?
Las expediciones de vikingos solían realizarse durante el verano, cuando los mares del norte estaban transitables, entre las temporadas de siembra y de recolección (de la misma forma que lo hicieron otros pueblos de la misma área, como sajones o wendos). El resto del tiempo, los nórdicos cuidaban sus granjas. También fueron grandes artesanos y comerciantes que llegaron hasta tierras muy lejanas para intercambiar sus productos, en viajes que podían llegar a durar años.

¿Qué papel jugaba la mujer vikinga en una sociedad tan aparentemente cargada de testosterona?
La mujer vikinga gozaba de unos derechos inimaginables en otros lugares de la misma época. Tenía derecho a poseer tierras o cualquier otro tipo de riquezas, con las que podía hacer lo que quisiera sin tener que contar con el consentimiento del marido. Mantenían su apellido al casarse y tenía derecho a pedir el divorcio. La esposa del dueño de una granja era la encargada de todo, cuando este se ausentaba por un viaje de negocios o de saqueo. En cualquier otro lugar europeo de aquellos tiempos, esa responsabilidad hubiera recaído sobre algún hombre de confianza del esposo, que se iría con la llave del cinturón de castidad que le dejase puesto a su mujer. También hubo nórdicas que eligieron el camino de las armas. Todas aquellas prerrogativas, que hoy llamaríamos feministas, se fueron perdiendo paulatinamente con la llegada del cristianismo y la implantación de un nuevo modelo social que seguía los cánones de la Europa feudal. Tendrían que pasar unos mil años para que sus descendientes escandinavas los recuperasen.

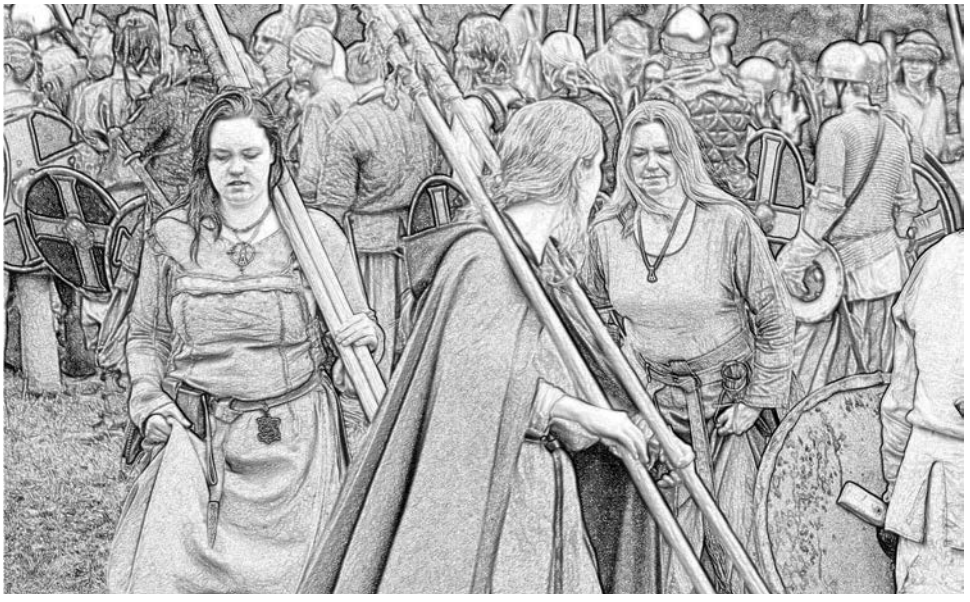
¿Cómo era su alimentación?
El clima y el terreno nórdico no permitía grandes ni muy variadas cosechas. En la corta temporada veraniega conseguían algunos cereales (cebada, trigo, avena y centeno) con los que hacer harina. De los huertos sacaban cebollas, ajos, calabazas, judías o guisantes. De los bosques recogían hierbas de uso gastronómico, setas, bayas o ciertas raíces comestibles. En los establos (o pastando en las montañas, durante el verano) tenían vacas, cabras y ovejas. En los bosques cazaban jabalíes, ciervos, alces e incluso osos. De ríos, lagos y mares, siempre cercanos, conseguían todo tipo de peces y mamíferos marinos.



¿Qué bebían?
Tenían tres bebidas básicas y cada una de dos tipos. La cerveza era, con mucho, la más consumida, habiendo una muy ligera, de uso cotidiano, y otra aderezada con especias, para ocasiones especiales. El hidromiel podía ser suave y dulce, o de mayor gradación. Tomaban la leche fresca o agria. También, quien se lo pudiera permitir, compraba vino llevado por los mercaderes desde Francia o Germania. Bebían en cuernos, a veces con dibujos o imágenes bellamente talladas, y brindaban con un *¡skal!* ('craneo'), siendo este término tal vez una tradición de tiempos muy antiguos, cuando realmente sus ancestros bebían en los cráneos de sus enemigos.

¿Qué tipo de leyes tenían?
Los nórdicos se reunían en Asambleas o *Things* regionales (en Islandia también tuvieron una nacional), donde se impartía justicia en aquellos casos en los que las partes no se hubieran puesto de acuerdo por su cuenta. Las leyes estaban redactadas en verso, para que fuesen más fáciles de recordar. No existía la pena de muerte, siendo el mayor castigo el destierro.

¿Qué tenían de especial sus barcos?
Los barcos vikingos fueron la gran obra de ingeniería de su tiempo. Básicamente había dos tipos: Los barcos largos (*langskip*, aunque popularmente se les suele llamar *drakkars)* y los barcos de carga *(knar).* Con ellos cruzaron el océano Atlántico y llegaron al Mediterráneo. Especialmente los de guerra eran muy ligeros y maniobrables, y, por su poco calado, podían navegar por casi todo tipo de aguas, tanto marinas como fluviales.



¿Qué productos intercambiaban con los otros pueblos?
Ellos apreciaban especialmente paño frisón, seda china, joyas y monedas de oro y plata, vino, sal y especias. A cambio, entregaban pieles nórdicas de zorro, armiño, oso, lobo o lince, brea para calafatear barcos, hierro en bruto para fabricar armas y herramientas, sin olvidar a los esclavos, a quienes se trató como objetos de venta en todos los mercados de la época.

¿Sólo hacían trueque o también usaban monedas?
Los vikingos no tuvieron moneda propia antes del año 975. Preferían las inglesas y, sobre todo, las árabes, pero no por el valor monetario que tuviesen en sus lugares de origen, sino por su peso en plata, de ahí que se hayan encontrado muchas de ellas partidas o que en ocasiones fuesen fundidas para hacer joyas.

¿Es cierto que fueron los artífices del Imperio ruso?
Sí. Al ver la capacidad organizativa de los vikingos, los pueblos eslavos que vivían en aquellas regiones les pidieron que les gobernasen. Así, fundaron las ciudades de Novgorod y Kiev, que, al unificarse, formarían el *Kievan Rus* (*rus* era el nombre que le dieron los eslavos), que sería el fundamento del Imperio ruso.

¿Estuvieron en España?
Hubo varias expediciones que llegaron hasta las costas de los reinos cristianos del norte de la Península y de al-Ándalus, llegando a sitiar y saquear ciudades muy importantes. Hubo una que cruzó el estrecho de Gibraltar, con lo cual algunas ciudades mediterráneas igualmente conocieron el terror vikingo. También existe una leyenda en Cantabria acerca de unos vikingos que llegaron con la idea de construir un puerto que sirviese de base para los barcos en sus viajes por el Mediterráneo, pero acabaron mezclándose con los nativos, olvidándose del puerto y dejando cierta genealogía de cántabros que se consideran descendientes de vikingos.

¿Cuáles son tus favoritos de los lugares vikingos que has visitado?
No es fácil responder de manera escueta pero, haciendo un gran resumen, me impresionaron especialmente algunas «primeras veces»: el museo de Gotland, donde toqué las primeras piedras rúnicas; el mercado de Ribe, mi primer festival vikingo; un recorrido acuático por el Osterfjord, mi primer fiordo noruego; Reykjávik, donde vi por primera vez los manuscritos de las sagas. Entre los lugares no vikingos mencionados en este libro, destacaría especialmente cuatro: Skansen, el parque de Estocolmo dedicado a la Suecia previa a la Revolución Industrial; la factoría Carlsberg de Copenhague; Bryggen, el barrio hanseático de Bergen y la subida al glaciar Snaefellness, en Islandia.

I

Escandinavia



Sello de correos islandés que muestra el mapa del norte de Europa dibujado por el cartógrafo Ortelius en 1570.

La palabra Escandinavia, con la forma *Scatinavia*, aparece escrita por primera vez en la *Naturalis Historiae,* de Plinio el Viejo, que la cita como una isla al norte.

Suecia



Aunque en este país confluyeron los pueblos gauta y svia, prevalecieron los últimos, que le dieron el nombre genérico de *Svitjod.* Con el tiempo, el nombre derivó en *svear* y el país en *Svearike*, de donde tenemos *Sverige*, que es su nombre actual en idioma sueco.

Gotland, la isla de los godos

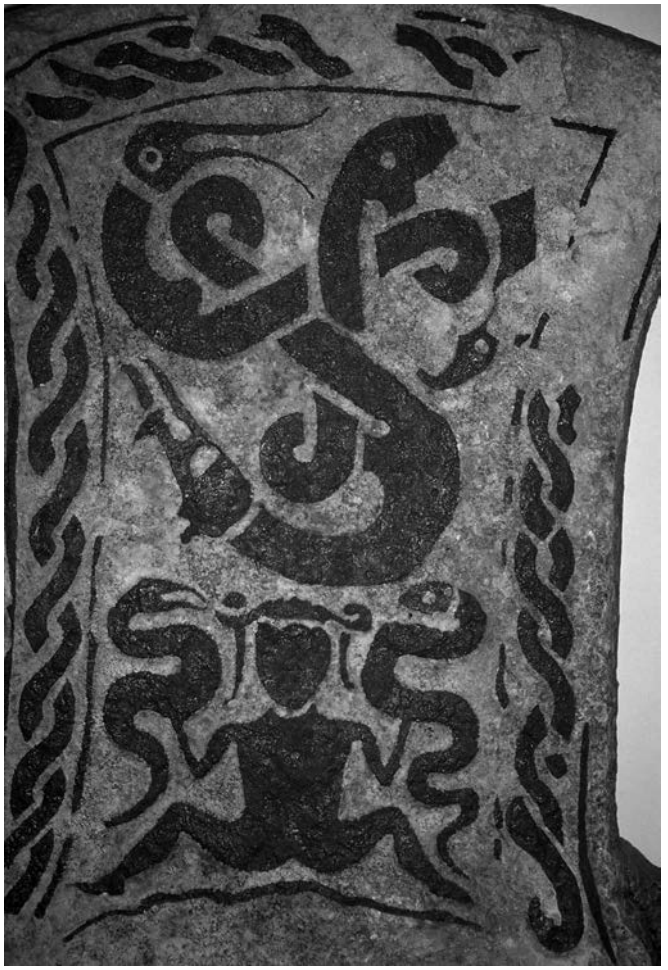
Mi primera incursión en territorio vikingo se produjo en Suecia y concretamente en la mayor de sus islas: Gotland. Llegué una mañana de mayo, en un ferri procedente de Estocolmo, para completar un reportaje sobre las islas bálticas que más tarde publicaría en la revista *GeoMundo*. Eran tiempos pre-internet y no sabía muy bien qué podría encontrar allí, a excepción de elementos muy diferenciados respecto a los suecos continentales, tal como había encontrado el año anterior en las otras islas de aquel mar nórdico. Pero ese viaje tuvo mayor trascendencia de la esperada gracias a un elemento histórico al que hasta entonces no había dado demasiada importancia.

Memorable para mí fue el día en que entré en el *Gotlands Fornsal.* Fue en este museo de historia de la isla donde comenzó mi afición por los vikingos de una manera que aún me resulta difícil de explicar. Cuando su director, el arqueólogo Dan Carlsson, me explicó que Gotland es el nombre moderno de la antigua Gotia, tierra de godos, le conté que en España también hubo godos. ¿Se trataba del mismo pueblo? ¿Estamos lejanamente emparentados españoles y gotlandeses? No sería de extrañar, ya que aquel pueblo se esparció por media Europa; uno hacia el este (ostrogodos) y otros hacia el oeste (visigodos), de forma parecida a como estaban distribuidos en las regiones suecas que habitaron: Ostrogotia y Vestragotia (aunque algunos historiadores apuntan a que los prefijos *visi* y *ostro* realmente significaban nobleza y lustre, respectivamente). En cualquier caso, el origen gotlandés de los godos ya fue expuesto por el historiador Jordanes, allá en el siglo vi en su *De origine actibusque Getarum* (Origen y gestas de los godos).

Otro instante de fascinación fue ver el mapa con las rutas comerciales de los vikingos: desde Groenlandia y el resto del Atlántico Norte, hasta Bizancio y Bagdad, pasando por el Báltico y varios ríos rusos. ¿Cómo se puede haber considerado bárbaro a un pueblo capaz de crear y mantener tal ruta internacional por donde circulaban todo tipo de productos? Posteriormente, siempre he defendido la imagen del vikingo constructivo por encima del pirata (que, por supuesto no negaré), y mi seguridad de que aquellos mares y ríos fueron surcados, más por barcos mercantes que por los famosos barcos de guerra con cabeza de dragón.

Nueva sorpresa en la sala de piedras rúnicas del museo, aunque en Gotland se quejan de que el gobierno central «les ha robado» las mejores, que están en el Museo de Estocolmo. Las originarias de esta isla tienen

la peculiaridad de ser totalmente gráficas (con muy pocas excepciones), sin el complemento de la escritura, como es habitual entre las piedras de otros lugares.



Ormkvinna, una mujer con dos serpientes en las manos bajo un *triskel* serpentiforme. Esta es una de las piedras rúnicas de Gotland de más difícil interpretación.

Los símbolos más recurrentes son las espirales, los discos giratorios, el *lindorm* (serpiente o dragón enroscados). También hay imágenes que muestran escenas más reconocibles, como el barco cargado de vikingos o la valkiria ofreciendo el cuerno de hidromiel al guerrero. Finalmente, la inclusión de cruces cristianas integradas como un ornamento más. Seguramente toda

esta imaginería también se encontraba en su tiempo en madera, cuero, telas, adornando casas, escudos o mobiliario, pero sólo la piedra ha permanecido.

Algunas imágenes dan la impresión de ser un antiguo cómic que cuenta una historia en varias viñetas, pero eso no ayuda demasiado a su interpretación, ya que se han perdido las claves iconográficas que en su tiempo todos debían comprender. En la mayoría es fácil adivinar que, al igual que las de otros lugares, conmemoran a familiares fallecidos en lejanas latitudes, y no sería arriesgado afirmar que gran parte de ellos cayeron en la Ruta del Este, de la que los gotlandeses fueron uno de los pueblos pioneros. Pero otras, como la que aparece en la silueta de una *ormkvinna*, mujer con serpientes en sus manos, lleva a pensar en complejas creencias de ultratumba o de su concepción espiritual de la existencia.



Una de las piedras del Museo de Historia, procedente de Hablingbo, con un símbolo usado posteriormente en heráldica con los nombres de «Nudo de Bowen», «Cruz de Tristán» o «Nudo de Salomón» (y también en la tecla «comando» de los ordenadores Apple). Este icono es frecuente verlo en los países nórdicos, ya que sirve para identificar, en los mapas y en las señales de tráfico, los lugares de interés cultural.

Esta isla conoció tiempos de gran prosperidad, prueba de ello son los tesoros que todas las primaveras salen a la luz bajo el arado en cualquier campo, hasta el punto de ser calificada en un documental alemán como «la auténtica isla del tesoro». Muchos vikingos enterraron sus riquezas para protegerlas de posibles ladrones. A muchos de ellos la muerte les sobrevino sin que hubiesen comunicado el lugar a nadie, convirtiendo la isla, como dicen algunos arqueólogos, en un grandioso cofre. Según me contó el director del museo, hace años los campesinos se callaban, pues el comunicarlo a las autoridades suponía paralizar las labores del campo a cambio de casi nada, pero ahora el gobierno les paga muy bien por sus descubrimientos.

Finalmente, entre las paredes de ese museo me enteré de que en un pueblo de Galicia, llamado Catoira, se celebraba un festival vikingo; pronto lo conocería y sería un paso fundamental para escribir mi primera novela, *La Saga de Yago* y, años más tarde, la obra de teatro *El anillo de Balder.*



Visby fue uno de los enclaves comerciales más antiguos de los vikingos, que tomó el relevo tras la decadencia de Birka. De aquí salieron los pioneros que abrieron la Ruta del Este, remontando los ríos rusos para llegar hasta Miklagard (Constantinopla). Con el tiempo, sería la Liga Hanseática quien tuviese en esta ciudad uno de sus principales puertos, renovándola con su inconfundible estilo arquitectónico.

El paseo por Visby comienza en Almedalen (el Valle de los Olmos), al lado del puerto. Como ocurre con otras islas del Báltico, la tierra crece un poco cada año, y justo en este lugar, donde ahora hay unos bonitos jardines con un estanque artificial en el centro, estuvo el primer puerto. Detrás, la muralla de piedra caliza, apenas retocada después de los siglos, por la que sobresalen los rojos tejados y las oscuras torres de la catedral de Santa María. Fue levantada por la Liga Hanseática, sustituyendo la empalizada portuaria de los vikingos, cuando estableció en Visby una de sus más importantes sedes, haciéndolo tanto para defender la ciudad de los piratas como de los propios campesinos de la isla; y es que éstos no aceptaron muy bien a los comerciantes alemanes, por lo cual tuvieron que rodear la ciudad completamente, siendo actualmente la muralla medieval más grande que se conserva en Europa, con sus tres kilómetros y medio de perímetro.

El paseo continúa por las calles de la zona baja, jalonadas por antiguos edificios que parecen envueltos en una atmósfera antigua que me hace caminar más pausado; por momentos, tengo la sensación de haber sido transportado dentro de una leyenda medieval, sobre todo cuando atravieso *Strandgatan*, que siempre fue la calle principal de la ciudad. De ella sale otra muy pequeña, pero que es la más fotografiada de Visby cuando florecen miles de rosas que adornan las fachadas de sus casitas. Algunos de los viejos edificios han sido restaurados y reconvertidos, como el propio Museo Gotland Fornsal, que fue una destilería, o la oficina de correos, sede de una asociación mercantil; o la casa de Burmeister, un rico mercader de Lübeck, que ahora aloja una tienda de artesanía.

Al día siguiente salgo de la ciudad en dirección a Tofta, al sur de Visby, donde está la playa más visitada por los turistas suecos, que aquí tienen su particular Mediterráneo. Como no tengo el más mínimo interés por una playa sueca fuera de temporada, me voy derecho al cercano poblado vikingo, Vikingabyn. Tras pasar por debajo de la torre de vigilancia, que hace las veces de puerta, destaca especialmente la casa de madera con el techo a dos aguas y los típicos adornos de cabeza de dragón sobresaliendo del vértice. En el interior se celebran banquetes vikingos durante el verano, e incluso se puede alquilar para fiestas privadas. Fuera, es posible hacerse una pieza de pan desde el principio (es decir, moliendo los cereales), intentar vencer a un vikingo profesional con una espada de madera o probar suerte con arco y flechas. E incluso tratar de emular a otro vikingo, capaz de levantar en el aire un tronco, sujetándolo desde un extremo, lo que me recordó una de las pruebas escocesas de los *gathering games*. En principio, no me pareció gran cosa este lugar, pero… estábamos fuera de temporada.



Este tipo de tumbas con silueta de barco recibe en Suecia el nombre de *skeppssättning*. Esta es la de Gnisvärd, al sur de Visby.

Y, de regreso a Visby, me desvío del camino para ver una de las *skeppssättning* (tumba con piedras formando el perfil de un barco) que hay en la isla. Esta, la de Gnisvärd, es una réplica hecha por el dueño de ese terreno con las más viejas piedras que encontró en su granja. El perímetro mide cuarenta y siete metros de largo por siete de ancho. Bien es cierto que no es una tumba vikinga genuina, pero, teniendo en cuenta el deterioro de las auténticas, está muy bien para poder ver una *skeppssättning* con la silueta completa.

A la mañana siguiente, la directora de la oficina de turismo me lleva en su coche hacia el norte para ver la pequeña isla de Farö. Allí se encuentran los *raukar*, extrañas y espectaculares formaciones de piedra caliza talladas durante siglos por la acción del viento y las olas, que, junto con la silueta medieval de Visby, se han convertido en la imagen más representativa de la isla. Contemplándolos durante un tiempo, no es de extrañar que se les diesen interpretaciones mitológicas a estas dramáticas piedras, en algunas pueden entreverse rasgos antropomórficos, como la que asegura que eran gigantes (algunas llegan a cuarenta metros de altura) que se retrasaron en llegar a tierra, lo que resultaba mortal para ellos, ya que, según su naturaleza, si eran sorprendidos por los rayos de sol, quedaban instantáneamente petrificados.



Los *raukar* de la isla de Farö son formaciones rocosas formadas en la última glaciación. El naturalista sueco Linneo dijo que eran como «estatuas, caballos y todo tipo de espíritus y demonios».

En mis últimas horas en Visby, subí por unas intrincadas escaleras hasta la parte alta de la ciudad, con la intención de contemplar desde allí la puesta de sol, sobre el mar que separa la isla de la península escandinava. Alguien más había tenido la misma idea: dos jóvenes que, soplando una rudimentaria trompa de madera, despidieron al astro rey a la antigua usanza.

Desde allí traté de imaginar cómo sería aquella Visby que llegó a ser uno de los enclaves comerciales más antiguos de los vikingos, e incluso una vez terminada la «era vikinga», de lo cual dan fe algunos de los viejos edificios del centro de la ciudad, casas y almacenes de la Liga Hanseática que aún se mantienen de pie.

No he vuelto a Gotland, pero años después de aquel viaje pude leer *La Saga de los Gotlandeses (Guta Saga),* traducida por Mariano Gómez Campo y editada por Italian Paths of Culture. Entre otras cosas, en esta saga se

cuenta cómo, en un determinado momento, la superpoblación originó una migración hacia el sur. Aunque el comienzo mítico es mi parte preferida; según la antigua tradición oral, la isla estaba tan embrujada que se hundía de día y emergía de noche. Y así debió estar durante siglos, hasta que llegó el primer hombre portador del fuego y la isla se estabilizó.

Tras aquel viaje primaveral a Gotland, conseguí convencer a las oficinas de turismo de los países nórdicos de los maravillosos reportajes turísticos que quería escribir y fotografiar sobre sus respectivas tierras. Y aquel verano de 1995 cambié los calores sofocantes de Madrid por las suaves temperaturas escandinavas. La visita a los lugares turísticos, que daría lugar a numerosos artículos publicados en revistas de viajes, fue combinada con otras visitas más «vikingas» a museos, restos arqueológicos, festivales o parques temáticos. Después llegarían los artículos de historia, los libros, las conferencias, la web, el *blog*… hasta llegar a este libro.

¿De qué manera hubiera sido mi vida distinta si no hubiera hecho aquel viaje a la isla de Gotland? Tal vez la luz se hubiera encendido por otro sitio, pero sin duda todo hubiera sido distinto.

Estocolmo

Recuerdo aquel primer viaje a la capital sueca cuando todo era nuevo para mí: llegué a la Estación Central con el autobús del aeropuerto (aún no existía el tren *Arlanda Express*) y me dirigí a la oficina de reserva de hoteles (tiempos pre-internet). Tuve la suerte de que me atendiese la hija de unos emigrantes españoles quien, tras hacer una llamada encontró una habitación a un precio moderado (en aquellos tiempos de la peseta, allí todo era muy caro; ahora estamos más igualados) y en un hotel que, según me dijo, solía estar lleno y además tenía unas tarifas algo elevadas. Pero esa es sólo la sorpresa inicial, después viene su nombre: *Royal Viking*. Por si fuera poco, no era necesario tomar ningún transporte cargando con el equipaje, ya que una puerta lateral de la estación daba justo a la acera donde estaba la entrada del hotel.

Bueno, tal vez sólo se trata de un nombre con resonancias turísticas, pienso mientras me dirijo hacia él. Pero, una vez dentro, compruebo que es algo más: la alfombra de los pasillos repite un patrón de diseño vikingo y en algunas paredes cuelgan cuadros relacionados con los vikingos; eso sí, según la interpretación de artistas modernos (y lo que esto suele suponer).

En las puertas de las habitaciones, en los cabeceros de las camas y en los armarios, se repite una imagen basada en alguno de los animales un tanto abstractos que aparecen en las piedras rúnicas. Me siento afortunado de encontrarme en un hotel como este, pero la calle espera…



Decoración vikinga en el Royal Viking Hotel, Estocolmo.

Unión de extremos

La capital sueca es una hermosa y extensa ciudad que no está envuelta en una capa de esa contaminación imperativa en cualquier otra ciudad más hacia el sur; aquí conviven barrios medievales con modernos edificios esféricos, de la misma manera que la prosperidad material no está reñida con el respeto a la naturaleza y el siempre sorprendente sol de medianoche cede su paso a los grisáceos días invernales. No es de extrañar esta unión de extremos; ya uno de los suecos más universales, Alfred Nobel, unió el destructivo invento de la dinamita con los filantrópicos premios que llevan su nombre.

También en este contexto puede observarse una multitud de etnias que actualmente conviven en la ciudad, y que se hace bien patente caminando por las calles o sobre todo acercándose a alguno de los barrios del área metropolitana, donde los colores de piel y pelo se van tornando más oscuros según nos alejamos del centro. En los andenes y pasillos de la Estación Central, donde convergen las tres líneas de metro y la estación de ferrocarril, puede observarse a cualquier hora del día la más heterogénea mezcla de turcos, chinos, somalíes, kurdos, libaneses o chilenos, muchos de los cuales ya han adquirido la ciudadanía sueca tras vivir cinco años en el país. Un visitante de otras latitudes tendrá mayor dificultad en identificar a los finlandeses, que realmente son el colectivo más numeroso y con más tiempo de permanencia.



Plaza Sergels Torg, uno de los lugares más concurridos en el centro de Estocolmo. Tiene dos niveles y en el inferior comienza una calle peatonal subterránea llena de tiendas que viene a ser casi un universo paralelo, sobre todo en invierno, cuando la calle superior está cubierta de nieve y oscuridad.

Se calcula en medio millón el total de inmigrantes, tanto políticos como económicos. Así, los primeros que llegaron fueron los italianos, allá por 1946, contratados como mano de obra práctica que Suecia entonces necesitaba imperiosamente para conseguir el relanzamiento del país tras los desastres de la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, entre los años 1952 y 1970, fueron llegando los inmigrantes «por libre», teniendo que competir duramente con los autóctonos y adaptarse a su forma de vida sin ningún tipo de ayuda oficial. A partir de los setenta empezaron a llegar los refugiados políticos, aceptados por razones humanitarias y que han proporcionado esa imagen de solidaridad internacional que Suecia ha dado al mundo en los últimos decenios.

Son muchas las maneras en las que el viajero puede aprender algo de historia sueca. Están los museos, los centros culturales, los libros; pero hay un lugar que muy pocos turistas pueden llegar a conocer (y según se mire es mejor que así sea): se trata del Hospital de Huddinge, al sur del área metropolitana de Estocolmo, donde trabajaba un murciano con el que compartí asientos en el avión. Y para allá me fui una tarde, para ver todo lo que me había contado. Entre las muchas obras de arte que adornan sus larguísimos pasillos, se encuentra un mural que, como si se tratara de un cómic continuo, muestra los momentos estelares de la historia de Suecia, iniciándola con escenas de caza de los primeros pobladores tras el retroceso de los glaciares, y terminándola algunos pisos más arriba con el referéndum sobre las centrales nucleares de 1980, dejando en medio multitud de guerras y crueldades varias en las que los antiguos suecos ocuparon gran parte de su tiempo, junto a inventores y personajes remarcables. Este mural cuenta con la curiosidad de que todos los reyes están dibujados sólo en silueta, sin más detalle que una etiqueta con el nombre y la fecha; y es que el autor, Gunnar Sodertröm, es un republicano acérrimo y así ha querido dar su opinión sobre la monarquía.

Pero no sólo es en las paredes donde este insólito hospital muestra la cultura; sino que también cuenta con una biblioteca con miles de libros en cincuenta y dos idiomas, y revistas y periódicos en doce, tanto para uso de pacientes como del personal.

En la amplia biblioteca, sin duda se encontraban los libros de dos escritoras que están situadas en el rinconcito nostálgico del corazón de casi todos los suecos: Elsa Beskow y Astrid Lindgren. Muchos han crecido con la lectura de sus libros infantiles, que no siempre fueron compatibles entre sí. Las historias de Elsa Beskow tuvieron su mayor influencia en la primera

mitad del siglo xx, con sus cuentos moralizantes y sus niños-personaje, como Emilio, que se comportaban tal como los padres querían que lo hicieran sus propios hijos. Pero Astrid Lindgren, sobre todo con su Pippi Calzaslargas, supuso toda una revolución a partir de los años cincuenta. Los niños por fin leían historias en las que los pequeños protagonistas se comportaban tal y como a ellos les gustaría hacerlo. ¿Quién ganó? Los libros de Elsa entraron rápidamente en las escuelas como manuales de lectura, pero la Pippi de Astrid se ha convertido en el tercer libro más vendido del mundo, junto a la Biblia y el *Quijote*.



Pippi Langstrumpf o *Calzaslargas*, de Astrid Lindgren, es el libro sueco más vendido en el mundo. Ha tenido innumerables ediciones y aún sigue siendo un *best-seller*.

El amigo murciano y su esposa sueca (cuando llegué a su casa, ella dijo «a partir de la puerta, esto es España») me hicieron un repaso rápido del carácter en general de los suecos: no es fácil hacer amigos, en el sentido que normalmente le damos a esa palabra; o sea, que puedes estar charlando

con alguien una tarde y pasártelo muy bien, pero al día siguiente te saludará tan fríamente como lo hacía antes. Los hombres son mucho más conservadores que las mujeres. Algo así me confirmaría en otro viaje un joven serbio, al que le resultaba muy extraño poder acostarse con una chica sin saber su nombre. Otra amiga española, con una temporada de trabajo sueco en su currículum, me contó la anécdota de un compañero de oficina que en una fiesta se emborrachó más de lo normal y montó un numerito. Al día siguiente, ella se lo mencionó y su sorprendida respuesta fue: «¿Estás hablando conmigo?». Y es que ese tipo de incidentes no se sacan del lugar donde ocurren.



Dansen ('la Danza'), escultura de Carl Eldh en la terraza del Ayuntamiento de Estocolmo.

A orillas del lago Malaren, se encuentra el edificio más carismático de Estocolmo: *Stadshuset*, el Ayuntamiento, cuya torre cuadrada está coronada, y nunca mejor dicho, por tres coronas doradas, sobresaliendo su silueta sobre cualquier panorámica de la ciudad. Subo en ascensor hasta el primer nivel, para continuar después por una rampa. Entre las vistas, siempre espectaculares desde un lugar elevado, destaca el Parlamento, con su forma de platillo volante, que tiene como fondo los viejos edificios del barrio *Gamla Stan.*

Visita obligada al gran Salón Dorado, con sus paredes recubiertas de mosaicos compuestos por unos diecinueve millones de pequeñas piezas de cerámica, cubiertas de pan de oro, y la figura sobresaliente de la Reina del lago Malarm, al modo de una diosa madre de otras latitudes; o la Sala Azul, donde tradicionalmente se celebran las cenas de los Premios Nobel, aunque cualquier persona que esté dispuesta a pagar, puede alquilarlo para su propia fiesta.

En los jardines, que en la mente del arquitecto eran una plaza italiana, unos jóvenes uniformados están esperando a una pareja de novios que van a celebrar allí el banquete de bodas en cuanto se vayan los turistas. Varias estatuas que el tiempo ha teñido de verde, en lo que simula ser un embarcadero veneciano, y en un lateral, la falsa tumba dorada de Biger Jarl, un noble sueco del siglo XIII que llegó a ser regente e inició la conquista militar de Finlandia. A los lectores de la serie sobre el caballero templario Arn Magnusson, de Jean Guilou, les será familiar el nombre, que aparece como nieto del protagonista.



En el barrio-isla de Gamla Stan se encuentra el Palacio Real *(Kungliga slottet),* con su ceremonial cambio de guardia a mediodía.

Gamla Stan

A un corto paseo del Ayuntamiento, se encuentra Gamla Stan (la ciudad vieja), una pequeña isla donde permanece el rastro de la Liga Hanseática, pues aquí es donde estuvo su sede cuando ejercía su imperio político-económico

por todo el mar Báltico. Esta zona también era la aduana entre el comercio interior y exterior de Suecia.

Grandes y robustos edificios en un espacio reducido, donde se vieron en la obligación de construir en vertical. Sus estrechas calles de altas paredes nos introducen en un mundo donde se entremezclan, con envidiable armonía, las fachadas medievales, en perfecto estado de conservación, y las modernas tiendas de artesanía, galerías de arte, *boutiques*, cafeterías y restaurantes. Y mi tienda (vikinga) favorita: *Handfaste*, el sitio perfecto para comprarse, por ejemplo, un colgante con el martillo de Thor, una colección en miniatura de personajes vikingos famosos, camisetas con diseños exclusivos para la tienda, o libros tan peculiares como uno de historia de la herrería en Suecia y otro de cocina vikinga en español.



Logo de la tienda *Handfaste* y el nombre en letras rúnicas.
La mejor tienda en Estocolmo para comprar parafernalia vikinga.

Siguiendo los recovecos de esta isla laberíntica, llego a la plaza Stortoget, que cuenta con el dudoso honor de haber sido el escenario de una de las historias más dramáticas del pasado sueco: aquí se llevó a cabo la ejecución de unos ochenta nobles suecos en 1520, que fueron decapitados al acabar la fiesta a la que fueron invitados, por oponerse a la autoridad del rey danés Christian II de Dinamarca (para los daneses, el «Buen Rey»; para los suecos, «el Terrible»), y con cuya sangre, según se cuenta, se pintaron las fachadas de tres edificios. La de veces que se ha repetido en la historia el truco de la invitación con sorpresa…

Pero de este «baño de sangre de Estocolmo», como se le recuerda, se libró Gustav Vasa, hijo de uno de los nobles ejecutados. Más tarde organizó

un ejército de campesinos desde el interior del país, logrando expulsar a los daneses, lo que supuso el final de la Unión de Kalmar. En aquella nueva Suecia independiente (1523) fue coronado Gustav, dando origen a la dinastía Vasa, que reinó durante ciento cincuenta años.

A uno de sus descendientes, el rey Gustavo II Adolfo, se debe la época de mayor expansión comercial y militar de Suecia. A él también se debe la construcción del barco *Vasa*, que constituye uno de los mayores orgullos de los suecos actuales y que será mi siguiente destino.

El Barco *Vasa*

Desde el embarcadero de Skeppsbron, en la parte de Gamla Stan que da a la bahía, sale el ferri que lleva hasta Djurtgården, un inmenso parque que concentra algunos de los lugares de visita obligada para cualquier nativo o viajero. Y el primero de todos, ya que me he puesto en antecedentes con la historia de la plaza Stortoger, será *Vasavarvet*, el Museo del barco *Vasa*.



El buque insignia real *Vasa* fue construido como parte de la nueva flota que serviría para conseguir el predominio sueco sobre el mar Báltico, frente a la dura competencia de daneses, alemanes, polacos y rusos. Además de su utilidad meramente militar, estaba destinado a ser el emblema que anunciase al mundo el esplendor y la riqueza del reino de Suecia. Sus sesenta y cuatro cañones le convirtieron en el buque de guerra más potente de su tiempo. Pero el barco se hundió el mismo día de su botadura.

Entro a través de la doble puerta que mantiene el nivel de humedad constante en el museo. La primera reacción es de asombro. Había visto fotos, más o menos conocía su historia, pero ver «cara a cara» al *Vasa* no es algo que se pueda describir en prosa corriente. Contemplar esta enorme escultura de madera en forma de galeón tiene algo de reverencial, desde la proa, con su mascarón de tilo en forma de león hasta la espectacular popa de veinte metros de altura, completamente cubierta de tallas de madera. Sobre todo pensando en que se trata de un barco superviviente, rescatado del mar trescientos años después de su hundimiento. ¿Cuántos miles de barcos no han tenido esa suerte? Suerte que hay que extender a todos aquellos a los que nos gustan las cosas antiguas y no nos conformamos con ver dibujos de lo que hubo una vez, aunque se trate de las más realistas imágenes infográficas.



La decoración, aparentemente excesiva para un barco de guerra, estaba en consonancia con el espíritu de la época, cuando era preciso dar una imagen de poder y esplendor ante los demás. Esta profusa decoración estaba compuesta por más de mil esculturas de madera, todas distintas y realizadas de forma individual. Sirenas, guerreros, emperadores romanos, ángeles, escudos y blasones. Se conoce el nombre de tres grandes tallistas que trabajaron en el *Vasa*: los alemanes Clausink y Redtmer y el holandés Thesson. Todas las figuras estuvieron policromadas y muchas de ellas recamadas en oro auténtico.